

LITERATURA DEL PLATA.

SEMANARIO

DE LITERATURA, RELIGION, VIAGES, CIENCIAS, COSTUMBRES, MODAS Y MUSICA.

EDITOR Y DIRECTOR, EDUARDO G. GORDON.

COLABORACION.

D. Francisco A. de Figueroa,
Francisco X. de Acha,
Antonio Diaz (hijo),
José Pedro Pintos,
Justo Maeso,
Mellon Gonzalez,
Ramon de Santiago,
Eduardo Ximenez,
Andrés Gonzalez-Solar.



Dres. Gualberto Mendez,
Adolfo Rodriguez,
Gregorio Perez Gomar,
Eduardo Fernandez,
D. Tomas Gutierrez,
Carlos Paz,
Ricardo Gutierrez,
Dardo Rocha,
Francisco L. Torres.

PRECIO DE LA SUSCRICION UN PATACON.—Se suscribe:— Librería "Nueva" de D. Pedro Lastarria; id. "Argentina" de Ibarra; id. "Española" de Real y Prado y en la imprenta del "Comercio del Plata."

LITERATURA AMERICANA.

Hay una literatura que no será estéril entre nosotros, y es aquella franca y severa que toque el cancer de nuestras sociedades.

La literatura festiva y la que se alimenta de las tiernas y voluptuosas emanaciones del sentimiento no pueden subsistir entre nosotros, que nos abatimos oprimidos bajo una atmósfera pesada que requiere soplos enérgicos para despejarse.

En las sociedades en que la civilización está radicada con su sistema y su estabilidad, está el hombre seguro de su porvenir y puede en el presente aperebirse de los lazos que le adhieren á esos centros de poder. Pero á nosotros se nos lega una sociedad en desquicio, con elementos heterogéneos, con gérmenes de destrucción, una sociedad en que el desorden de la vida pública amarga y abrevia las escenas de la vida íntima: nuestra literatura tiene que tronar en el caos, y por consiguiente debe ser organizadora, tiene por escenario el desierto y por consiguiente debe ser de construcción, si la literatura no es otra cosa que la verdad, esa amiga inseparable del hombre que le acompaña por donde quiera que vaya, por los jardines en que reposa, por las soledades que atraviesa, tomando formas para hacerse visible y demostrarse.

Es por eso que las flores con que nuestros poetas han adornado sus lirias al temparlas, se

han marchitado con los primeros preludios del canto y el desaliento sopló sobre sus cuerdas para romperlas con vibraciones de dolor.

Nosotros, pobres náufragos en tierra que nos desconoce y que recién estamos haciendo nuestra; hijos de quienes una catástrofe arrebató de otras sociedades, no debemos estrañar que gratas y secretas reminiscencias asalten nuestra imaginación al perfumarse con el suave aliento de una naturaleza espléndida, y que ese canto armonioso de sirenas, nos interrumpa de cuando en cuando nuestra obra de salvación.

El problema de nuestro destino y de sus contrariedades, los medios de empujarlo á su realización, esa es la tarea literaria que únicamente nos interesa, porque es ella únicamente la que nos traerá resultados, la que tendrá eco, la que sola será escuchada y fecundizará el alma que la recoja.

Si se ha desvanecido esa literatura de reminiscencias, como flores delicadas que se agotan cuando se transplantan á otros climas, es porque ante la vida que vacila, la tarea de salvación abstrae de todo, aun de lo mas querido.

No nos quejemos pues de indiferencia, de materialidad ni de torpeza, en lo que solo debe verse una ley de la existencia y de la fatalidad — Entremos á la literatura que nos corresponde y tendremos quien nos escuche, quien sienta con nosotros, quien se determine á obrar como pensamos.

Desengañemosnos de que la literatura sin un fin no puede existir, como nada puede existir sin objeto — En las sociedades es menester que los esfuerzos coincidan en un fin, la ciencia, la mecánica, el comercio, la lucha misma le rendiran un servicio si cooperan á un resultado. Nuestro fin es organizarnos, demos pues á la literatura esa misma direccion en cuanto se pueda, y lá literatura no se desprestijará entre nosotros, será algo real y sensible de que la gente se apercebirá y el desaliento y la indiferencia no nos arrancarán lamentaciones.

Observemos por el microscopio del análisis nuestra marcha desde su origen, talvez descubramos así el escollo invisible en que tropezaron los iniciadores de la marcha.

Historiemos los hechos, pero como deben historiarse, desmenuzándolos, observándolos con una atención tan concentrada que no deje escapar el mas mínimo incidente sino de lo producido, al menos del jémen de la produccion.

Historiemos, pero de tal modo, que tracemos un cuadro en que resalten los relieves y se retinten las sombras para que la vista menos práctica vea lo bueno y lo malo, lo noble y lo indigno.

Historiemos, pero con esa franqueza y esa energía que saben poner á la virtud en su puesto culminante y al crimen en su negra prostracion, con esa percepcion delicada que no desprecia el elemento útil ó dañoso aun en el grano de arena ó en el gusano roedor.

Historiemos así amando tanto a la verdad que vamos á descubrir como á la existencia que se reproduce en un hijo, con la vista tan dirigida al fin como el mártir que desde la hoguera envía su alma á Dios.

Esa literatura es la nuestra, es la única que puede pertenecernos.

G. P. G.

LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

(Conclusion)

Buenos Ayres, que era el centro mas numeroso de poblacion, de este lado de los Andes, reunia en su seno una sociedad de hombres cuyos pensamientos altamente progresistas chocaban con las miras limitadas y retrogradas del gobierno español.—Hombres aislados

del gran escenario de la ciencia, sujetos á las ideas que le transmitia la educacion colonial, pudiendose con gran trabajo y peligro proporcionarse los escritos del mundo pensador, elevaban su inteligencia á la altura de comprender los principios gubernativos de la mas reciente civilizacion.

Quedan como un hermoso testimonio de lo que decimos y como grandes monumentos de nuestro orijen, los escritos de Moreno, entre los que resaltan una solicitud al gobierno español, en nombre de los hacendados de nuestros campos, que verdaderamente puede decirse daba á la metrópoli una leccion de sabia economia política; de Monteagudo, entre los que puede leerse un artículo publicado en la "Gaceta," de Buenos Ayres, del 10 de Marzo de 1812 en que deslinda como el mejor publicista ingles los poderes gubernativos, y establece el equilibrio que deben mantener para garantir la libertad del pueblo; de Lopez, que cantó las hazañas del triunfo contra los ingleses, en un poema que puede considerarse el preludio de la vida pública de nuestros pueblos, y de muchos otros cuyos recuerdos hacen concebir en medio de nuestros desencantos una esperanza remota para un porvenir que habiendo empezado tan lisonjero, no puede caducar tan miserable.

En la carrera de las armas, no tenia la España un general de la altura, de los conocimientos ni de la rectitud de San Martín, del golpe de vista de Alvear, ni soldados de la decision de esos milicianos que formaban un cuerpo de mas de cuatro mil llamados *patricios*.

De modo pues que las colonias española formaban un cuadro singular con los mas elevados relieves y las mas negras sombras, eran un conjunto de elementos heterogeneos, donde la materia y el espíritu, el vicio y la virtud, la inercia y el progreso, todo se confundia, se chocaba como en el caos, sin obedecer á las leyes de la atraccion ni de la repulsion; de un lado ideas que cada uno se formaba sin escuela, sin sistema, sin unidad por consiguiente de otro lado la cesajeracion del deber y del derecho producido por el trueque del fanatismo religioso en el fanatismo de patria, aquí la materialidad, la reproduccion de las ideas civilizadoras y hasta de los hábitos civilizados, allá la sancion de todo menos de lo inaccesible de los destinos públicos.

He aquí trazado á grandes rasgos el bosquejo de la situación de las colonias españolas en el Rio de la Plata y sus afluentes, y la España contemplaba con la mayor indiferencia ese estado crítico y vidrioso de la reunion de los hombres, que habia desprendido de su seno para arrojarlos casi á la aventura en las desiertas playas de la América.

La España, incapaz de concebir esos temores segun en su sistema de monopolio y de opresion creyendo salvar las dificultades con enviar de cuando en cuando un virrey y un refuerzo de veteranos.—Si fuéramos á hacer cargos de nuestra suerte, los dirijiriamos contra la madre Patria que nos tuvo en negro é inhumanitario abandono. ¡Como debe pues felicitarse de que bastante generosos con ella, hayamos cargado con la responsabilidad de una revolucion a la que nos precipitó.

Las bayonetas y los cañones, eran todo el sistema que la España empleaba con sus colonias, en donde, como hemos visto en medio de grandes peligros descollaban grandes elementos de civilizacion ¡Que reglamentacion tan sabia y econdómica es la de la opresion y del terror! ¡Que fines tan humanitarios los de reservar para si un producto que hubiera sido mayor brindandolo á todo el mundo. ¡Que espíritu tan civilizador se transmitia de ese modo á sus colonias!

Y para completar lo dicho advertiremos que españoles y americanos habian comprendido desde la primera jeneracion, la distancia que mediaba entre ellos, las voces de *godo* y *criollo* fueron las marjenes opuestas del abismo que dividia á los unos de los otros.

Criollo, se llamaba despreciativamente tanto al abogado como al gaucho, por que el abogado por la emancipacion de su espíritu como el gaucho por la emancipacion de su materia, no podian seguir el caracter de sus padres en virtud de causas cuya culpa ellos por cierto no tenian.

La América del Sur, no tuvo pues que esperar á su revolucion para emanciparse, ella lo estaba de hecho desde la primer jeneracion; propiamente dicho fuimos un hijo espósito, que la naturaleza condolido crió como pudo.—Por el contrario la Inglaterra fué la madre solícita y cariñosa de sus colonias, las crió con la sangre de sus entrañas, transmitiéndoles su vida material y moral, su porvenir y su

esperanza. Las colonias, inglesas fueron las que se emanciparon, habiendo vivido en la potestad paternal, sin causas de separacion, sin *criollos ni godos*, diferenciandose un americano de un ingles como un jóven de un viejo compatriota; esa era toda la diferencia de hecho y la diferencia de derechos.

Todos sabemos cuales han sido las consecuencias de estos antecedentes.

G. P. G.

EN EL ALBUM DE F. L.

"¿Que es la vida sin amor?"

[F. Ferreira y Artigas].

¿Que es la vida, F. . . . si cubierto
De frio desamor, desencantado
El pobre corazon, árido y yerto,
No conserva de amor, dulce pasado?

¿Que es la vida, F. . . . si una queja
Amorosa, del pecho no ha escapado:
Si en el fondo del alma, no refleja
La imagen del objeto que es amado?

Mas valiera morir si la existencia,
Entregada á si misma se estinguiera,
Si el pobre corazon, en la indolencia
De su estado normal siempre latiera.

Fuera un vasto desierto, entero el mundo,
Y nosotros en él, de Dios malditos;
No existiera el vacio, ni el profundo,
Ni los siglos de siglos, infinitos.

No existiera la fé, la luz, el orbe:
Todo fuera ridicula quimera,
Y cuanto *ha sido*, y *es*, y en Dios se absorve,
Sin su amor divinal ¡ay! no existiera.

El amor es el alma de la vida,
El principio sin fin, de la existencia,
La esencia del señor, que consolida
El mundo que formó su omnipotencia.

El corazon de la muger, ardiente
Cual rayo abrasador de sol de enero,
Necesita de amor unicamente,
Para acaso látir bueno y sincero.

Creacion es de Dios, lágrima pura,
Transvasada por él sobre la tierra,
En la dulce espresion de la ternura
Del corazon, que sentimiento encierra.

II.

¿Acaso tu, F. . . .:
Insensible seras? tu virgen seno,

No trocará su amor por otro ajeno?
 No: que cual flor temprana,
 Para mecerte en tu pensil lozana,
 Necesitas fucando, el riego ardiente,
 Que brota el corazón constantemente.
 Ama, niña, que amando,
 Los días de martirio,
 Confundidos en otros de delirio,
 Insensibles y bellos van pasando.
 Ama, que hermoso el cielo,
 Solo luce una vez de azul teñido,
 Y admirarlo no pueden,
 Los que á los otros, en amor no esceden.

III

Mas ¡ guáy ! de las ficciones
 Del bullicioso mundo ¡ Guáy ! si el pecho
 Rásga el velo de amor, y en mil pasiones
 Envuelto el corazón, se ve deshecho !

Térso cristal, que engaña,
 Es el amor á veces
 ¡ Ay ! si el cristal se empaña,
 Del inconstante mundo,
 Entre las capas de su aliento inmundo !

Aun eres inocente,
 Y destinada á amar: porque está escrito,
 Que solo el ser precito
 Desconozca el amor; mas, inclemente,
 Sabe, juzga altanera,
 La sociedad entera,
 Al que, al exceso de su amor postrado,
 Ese mundo social dejó olvidado.

IV.

Perdona, si atrevido,
 Canta amor el proscrito — lo ha sentido,
 Y lo siente talvez — Quizá algun día,
 Al correr de los años,
 Recordando tus placidos ensueños,
 Vague en tu mente la memoria mia . . .
 Solo esto es lo que quiero
 Mas ; ay ! perdon, yo miento:
 Oculto lo que siento,
 Anhelo mas, si, anhelo.
 Mas, que un recuerdo de amistad, sincero !

Montevideo Marzo 1859.

A. Gonzalez-Solar.

ECOS DE INFORTUNIO.

[Continuacion.]

CANTO SEGUNDO.

EL POETA.

Así á su patria sus adioses dijo
 Del infortunio y del dolor el hijo,
 Y con la fé del corazón cristiano

Que espera siempre, aunq' esperar sea cívano
 A los mares confiando su destino,
 Se lanzara, segundo peregrino. [1]
 Tiene en la patria su pasión primera,
 La imagen de sus sueños llongera,
 Y cuanto mas su desventura crece
 Mas delirio y amor su alma le ofrece.
 El, infeliz desde la cuna ha sido,
 Y el llanto de sus ojos ha caído,
 Cual hojas que marchitas se desprenden
 Del árbol triste en cuyos gajos penden
 De su infancia las cándidas primicias
 Fueron llanto y dolor—ni caricias,
 Ni maternales besos rememora,
 Que todo, todo lo perdió en la aurora
 De una existencia de pesares llena,
 Como sus horas triste é inserena.
 De juventud sus sueños encantados
 Uno por uno en desaliento helados
 La realidad dejó — De sus albores
 Palideció la luz y los colores,
 Viendo nublada su mañana hermosa
 Y á su vida esperar noche horrorosa
 Su santa adoracion, su patria amada,
 Por el dolor al par martirizada,
 En desolante postracion el mira.
 Doquier que en ella su mirada gira
 Ruínas contempla, desaliento y duelo.
 Si la levanta á su nublado cielo,
 La vuelve al punto de dolor sentido,
 Su azulado al mirar enegrecido.
 Si en su suelo la fija ensangrentado
 Por odios y pasiones, desgarrado,
 Lo vé presa infeliz de lucha horrenda
 Espirar sollozante en la contienda,
 Y por único fruto en sus dolores,
 Congojas cosechar y sinsabores.
 ¿ A d'ó su vista dirigir el puede
 Que herido ¡ oh Dios ! por el dolor no quede ?
 Donde á su paso no encontrar abrojos
 Pena su corazón, llanto á sus ojos ?

 Adorando á su Patria él, ha aprendido
 A adorar la mujer — él, la ha escogido
 Con el afán que entre las bellas flores
 Se escoge el talisman de los amores.
 Con la misma ambicion que se prefiere
 Un jazmín al abrir el que ya muere;
 Con el mismo contento que se alcanza
 La dulce realidad de una esperanza.
 Mas, esa huella del amor florida
 Que avanzó de pasión con alma henchida,
 Le impone por tributo precio tanto
 Que no gusta caricia ¡ oh Dios ! sin llanto
 No que á su amor el de su amada mienta,
 Que cual el suyo palpitar no sienta
 Su virgen corazón — ella lo adora,

(1) Alude al Poema del Señor Marmol, "el peregrino".

Y en su seno purísimo atesora
 Cuanto en un pecho de muger el cielo
 Puede encerrar de amor y de consuelo.
 Mas ¡ ay ! los sueños de pasión que dora
 En su mente el poeta hora tras hora,
 Del huracán las furias desvanecen
 Y al viento del dolor tristes perecen.
 No mas al eco del cañon airado
 Sentir su corazón puede calmado.
 No mas al grito de la lucha horrible
 De la patria el clamor oír insensible.
 No mas testigo, nó, del odio insano
 Que divide al hermano del hermano
 Encharcando de sangre el patrio suelo
 Y visitando el hogar de triste duelo.
 A dejar con dolor él, se prepara
 La Patria que su amor tanto adorara,
 La Patria de sus dulces ilusiones,
 La Cuna de su amor y sus pasiones.
 Una flor de su suelo él le reclama
 En la muger que con delirio ama,
 Un ángel que en su luz bañe el camino
 Que ignorado á seguir va en su destino
 Dársela puede, que esa flor querida
 El dulce talisman es de su vida,
 Dársela puede que el la adora ciego,
 Que ella cultiva de su amor el fuego
 Y esa flor, ese ángel que él reclama,
 Esa muger que con delirio él ama,
 Será en medio á los mares su consuelo,
 Y bajo extraño y estrangero suelo
 El astro bienhechor de sus amores,
 Amparo de su angustia y sus dolores
 Por eso antes de montar el Pino
 Que ya despliega presuroso el lino,
 El va á postrarse ante el altar sagrado
 Su bien á demandar atesorado,
 Repitiendo, ante Dios con faz dichosa
 Que de hoy mas esa flor será su esposa.

 Y ambos en pos con lagrimas sentidas
 Sus miradas volviendo atrás, queridas,
 QUITAN la playa que los viera un día,
 Bendecir el amor que los unia
 Pronto el Bagel las ondas ya surcando
 Se aleja ¡ ay Dios ! . . . las sombras ocultando
 Van ya las formas de la patria hermosa,
 Que en vano en descubrir se afana, ansiosa,
 La vista humedecida, triste, inquieta,
 El alma desolada del Poeta.
 ¡ Adios, mi patria, Adios, su vos respira !
 ¡ Adios, por siempre, Adios, su alma auspiral
 Y entre las sombras, de la noche oscura,
 Va á ocultar su dolor y su amargura !

F. X. ACHA.

[Continuará.]

EL ALHELI.**AL EMINENTE PIANISTA***Dalmiro Costa.*

Una mañana de setiembre hermosa,
 Bañaba el sol de luz una pradera,
 Donde reinaba una purpura rosa,
 Sobre el tallo mecidiéndose altanera.
 Y brisas, ruiseñores,
 Mariposas y flores,
 Rendian homenaje á la flor bella.
 Nacida allí bajo feliz estrella.

La flor coqueta y rara,
 Juguetaba con todos los amores;
 A veces indecisa,
 Prestaba un beso á la graciosa brisa.
 Otras veces liviana,
 Amaba los cantores ruiseñores,
 Que publicaban su feliz destino,
 Con prolongado y amoroso trino.

Otras flores fragantes,
 Envidiaban la dicha de la rosa.
 También hermosa, antes,
 Iban perdiendo aromas y frescura,
 Sin que una mariposa,
 Se acercase á libar su esencia pura,
 ¡ Tan variable es la suerte y caprichosa !

Perdido entre el follage,
 Sin ambición sin esperanza alguna,
 Vegetaba á merced de su fortuna,
 Un alheli sencillo;
 Que solo y olvidado,
 Ageo de este mundo al falso brillo,
 Daba su aroma seductora al prado.

La tarde de ese día,
 Cuya historia venimos bosquejando,
 Tardío y magestuoso,
 Iba el sol á su ocaso declinando;
 La calma y el reposo,
 De una tarde feliz de primavera,

Do quiera se sentia;
 La brisa no ajitaba
 Ni siquiera una hoja,
 Teñido el horizonte de luz roja,
 Sangriento reflejaba,
 Sobre aquella campaña de esmeralda,
 Que ostentaba de flores su guirnalda,

Aquel dulce silencio,
 Vino pronto á turbar leve ruido,
 Semejante al gemido
 Del viento que resbala entre el follage,
 Era el roce ligero
 De un ondulante traje,
 Que negro cual su suerte ¡ ay Dios ! vestía,
 La bella y melancólica Maria.

¿ Por qué su rostro de angel tiñe ahora,
Esa nube sombría de tristeza.
Si de la vida en la rosada aurora,
Todo alhagaba á la sin par belleza.
Sus ilusiones llora,
Que ha visto dispar: ay ! con prestesa,
Cuando el que amaba tanto,
Oyendo de la patria el grito Santo,
Partió valiente al campo de la gloria,
A conquistar la tumba ó la victoria.

Cruzaba pues Maria,
La verde senda del florido Prado,
Y en su melancolia,
Miraba indiferente
La rosa que reinaba allí esplendente;
Que mal sientan sus vividos colores,
A la que llora ausente sus amores.
Y dirijiendo en torno la mirada,
Vino á encontrar el alheli sencillo,

Cuyo oscuro amorillo,
Entre el verde follage resaltaba,
Y cual semblante fiel de desventura.
Lo eligió aquella hermosa con ternura.
Se refiere en la historia,
Que la rosa altanera,
Alfombró con sus hojas la pradera,
Sin que guardasen de ella una memoria.
Las brisas, ruiseñores,
Mariposas y flores;
Mientras el alheli murió gozoso,
En el seno ardoroso,
De aquella triste y cándida hermosura
; Quien tuviera su dulce sepultura !
Buenos Aires, Septiembre 20 de 1859.

F. Fereira y Artigas,



A M I L E V I T A .

LETRILLA.

(IMITACION DE BERANGER.)

A nuestra amistad sé fiel
Mi levita idolatrada.
En ambos deja estampada
Su huella el tiempo cruel.
Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en ti.
¿ Y me pagarás tan mal
Que te separes de mi ?

En mi santo te estrené.
Mis amigos te cantaron,
Y tu hechura celebraron

Y tu color: de café
En sus cartas con frecuencia
Te renuevan su memoria,
Que a pesar de su indijencia
No se olvidaron de ti.
¿ Mi único amor y mi gloria
! No te separes de mi !

A un sastre frances le di
Por ti dos onzas y media,
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En las primeras posturas
Fuiste en extremo bonita;
Mas hoy ya de tus costuras
El pelo fugaz voló.
¿ Y aunque estés calva, oh levita,
Podré abandonarte yo ?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera.
Si acaso la suerte fiera
Contra tu raído paño
Preparase su furor,
Oponen la filosofía,
Cual la opone tu señor
A su ciego frenesí,
Y ¿ dulce levita mía !
; No te separes de mi !

¿ Ese surcido ! . . . ¿ O recuerdo !
Con Delia una vez jugaba :
Me seguia, la burlaba:
Me asió del faldon izquierdo
E incauta me lo rasgó.
Mas la pobre en todo un dia
Con la aguja, no quitó
Sus bellas manos de tí,
¿ Levita del alma mía !
; No te separes de mi !

¿ Te bañé nunca en olores
Que un necio galan exhala ?
¿ Te espuse en una antesala
Al jesto de altos señores ?
Otro cruces impaciente
Ansia ó busto de Simon;
Y yo flores solamente
En tus ojales prendí.
¿ Joya de mi corazon ¿
; No te separes de mi !

Verás, verás cuán lijeros
Vuelan mezclados los dias
De llantos y de alegrías,
De soles y de aguaceros.
Yo voi de capa caída,
Y mui pronto moriré:
Entonces tu triste vida
Podrás tambien acabar.

Pero mientras vivo esté,
¿ Quien nos podrá separar ?

F. P.

— 63 —

LA SONRISA DEL PUDOR.

A R. G.

Es hermosa mi querida
Cuando en sus ojos de fuego
Se plúta el desasociado
Que nos inspira el amor;
Pero se torna mas bella,
Aspecto anjélico toma,
Cuando á sus labios asoma
La sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza,
Arco-iris de consuelo,
Símbolo de paz del cielo
Entre el hombre y el amor,
Señal de gratitud pura
En la beldad apacible,
Es divina, indefinible,
La sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño
Que entre incienso al cielo sube,
Cual sobre la blanca nube
Nítido rayo del sol,
Como el tinte de la aurora
Que refleja el mar en calma
Enajena, arroba mi alma
La sonrisa del pudor.

Dije á mi amada: "yo te amo."
Me miraba, se encandía,
Su cuerpo se estremecía,
Moria al salir su voz:
Tiene humillados los ojos,
Tiene el semblante agraciado
Tiene en su lábio encarnado
La sonrisa del pudor.

Prodigo tiernos elojios
A su encanto soberano,
Imprimo en su blanca mano
Un beso lleno de ardor,
Teme . . . duda . . . huir pretende . . .
Tiembla . . . se acerca . . . se allega,
Y en su labio se despliega
La sonrisa del pudor.

Es la reprension modesta
De una ciega confianza,
Es un rayo de esperanza
Entre sombras de temor
Es una arma poderosa

En labios de la hermosura,
Es de anjélica dulzura
La sonrisa del pudor.

No es la espresion fastidiosa
De la insensata alegría,
No es maliciosa ironía
A la inocente pasión,
No es del rencor ó el desprecio
La máscara engañadora;
Es sublime, seductora,
La sonrisa del pudor.

Mi amada compadecida
De mi pasión ardorosa,
Tiende una mano piadosa
Y me mira con amor,
Una lágrima derrama,
Vergonzosa retrocede,
Y tímida me concede
La sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga
Al amor con la inocencia,
Una tierna complacencia,
Es el velo del candor:
Es en tus labios ¡ amada !
La gracia mas seductiva:
Me embelesa, me cautiva.
La sonrisa del pudor.

Adorada, esa sonrisa
Me entusiasma, me embelece;
Que interpreta me parece
El mismo agrado de Dios.
Es tu escudo la modestia,
Es el honor tu divisa.
Y tu encanto esa sonrisa,
La sonrisa del pudor.

G. P. (Gregorio Pérez)

UNA FANTASIA DE TODOS LOS DIAS.

— 0 —

Diine, hermosa niña, cuándo ves que mis miradas descansan en las tuyas, sientes que se acelera el movimiento de tu sangre, ó acaso pasan tan inapercibidas para tí como los susurros del viento entre las flores para el que no puede oír ?

Quiéres amarme, hermosa ? Quiéres unir tu alma á la mia como el perfume de la rosa imperial de Bengala al de la modesta violeta ?

No tengo los salones dorados, ni las carrozas, ni joyas resplandecientes de los opulentos de la tierra: pero, niña de ojos adorables ¿conoces el inefable deleite de la posesion de todo un corazon virgen, de todos los pensamientos y afeciones de una alma no manchada aun, como el clavel del aire cuya blancura no empañía el barro de la tierra ?

Hermosa, si alguna vez en las horas calladas de una noche de luna, así como esta abrillanta el cielo

con su luz buscas algun ser que haga relucir sobre tu cándida alma los rayos de un amor celestial, piensa en mí, blanca vírjen de mis sueños, porque yo pobre luciernaga, estaré en ese momento en comunicación contigo, y deseando acaso ser para ti un sol para bañarte en mares de ardiente esplendor.

Niña, has pisado alguna vez en tu camino alguna flor que encontrastes en el suelo? Los sueños de la noche te han presentado alguna vez un herido ruiseñor, que te has complacido en mutilar con tus manos de alabastro? Nunca en ellos has visto arrastrarse hasta tu puerta algun muribundo de sed á quien con una carejada has dado á beber vinagre en vez de agua? Si ha sido, séquense sobre tu frente las guirnaldas con que la adórnes, y en tu corazón las afecciones de tus amantes.

Pero no; todavía no conoces á los hombres, y en tu corazón no puede nacer ninguna flor venenosa.

Te has sentado alguna vez á la sombra del ondeante sauce para pensar?

Toma mi brazo, María: vén conmigo y recojeré aromas para tí; yo pobre poeta que no puedo darte mas que flores; las de la tierra y las de mi corazón.

Escucha:

Era una tarde de verano, como ésta; el sol se despedía de la tierra, dejando en su lugar la luna, como un emperador que presenta á sus vasallos un rey para sucederle.

Las nubes caminaban suavemente sobre el azul rojizo de los cielos, teñidas de ese color, como los penamientos ardientes de la muger impulsada por su adorado á atravesar los mares del deleite; dos jóvenes reposaban muellemente á la sombra de un coposo sauce; se amaban con tanta pureza como los recuerdos que de tí tengo, y era la primer vez que se encontraban solos y á aquella hora: has visto alguna vez una bandada de tordos al caer las tardes del estío? así se hablaban, y sus caricias se seguían unas á otras con igual rapidez que aquellas ave-cillas. La noche sobrevino; y con la luz de la luna se cubrió el campo de espacios llenos de fulgor, y otros de oscuridad, como la vida del mortal con sus días de placer y de desdicha. Bajo el sauce habia oscuridad y no alumbraba su alrededor mas que las miradas de amor de los dos jóvenes... Ella; ¡pobre ángel! qué hermosa estaba con su corona de nárdos y su blanca mortaja, dentro del marco oscuro desnatural; ella entregó todas sus gracias como el floripondio todos los perfumes de su cáliz á los vientos abrasadores de la noche, y él.....


Perdona, niña mía, nunca te sientas á la sombra del sauce en las noches de verano si algun corazón palpita junto al tuyo; porque ay! cambiarías la aureola de ángel de tu frente por una corona tenebre de nárdos.

El orgullo y la voluntad de los hombres son co-

mo las cañas frías y dóciles á cualquier viento fuerte. Sus determinaciones son tan contradictorias y caprichosas como los giros de la alondra en el espacio.....

Quiéres, ídolo mio, venir conmigo á reposarte bajo la sombra de aquel coposo sauce? Las frescas brisas del río disminuirán el ardor de mi sangre y la luz de la luna me hará soportable la de tus ojos. Ven el amor tiene sus límites como ese vasto río; y yo, niña te amo con un amor tan espiritual aunque ardiente, como las antiguas vestales á su Dios, el Fuego. Ven; con migo estás tan segura como la diamela bajo las alas acariciadoras de la mariposa.

Pobre María! una carejada cruel la despertó de su sueño estático—Pobre muchacha! un beso último de fastidio le anunció que pertenecía á las flores destrozadas que el viajero pisa sin compasión.

Ja, ja, ja! vogue la barca, 

—o—

EL DOMINO ROJO.

(Continuacion.)

—Lo he dicho, por que no quisiera llamarle á V insolente.

El máscara rojo se estremeció al oír esta última palabra; pero dominando luego su emoción dijo:

—¿Con que soy un insolente? Si V. me conociera se arrepentiría de haber proferido semejante palabra.

—¿Ud me conoce?

—Sí, respondió severamente el máscara misterioso.

—¿Ud conocerá tambien mi compañera? preguntó irónicamente Fernando, pero algo turbado, como de senando aclarar aquel misterio.

Después de un momento de silencio respondió el rojo:

—Tal vez... no lo aseguro... pero para evitar todo diálogo, diré á V. que estoy decidido á no dejarle bailar esta noche con esa máscara, que tiembla como una parálitica. Sin duda el del domino rojo deseaba llegar al desenlace de aquella escena.

—Me dará V. una esplicacion de su atrevida conducta, respondió Fernando sentando á Laura en una silla inmediata.

—Cuando V. quiera.

—Ahora mismo.

—Vamos.

En un momento aquellos dos hombres se perdieron entre la multitud y desaparecieron á los ojos de Laura, que, temblando y llorosa, considerábase sufriendo el castigo de su demasiado amor por aquel que la habia traído al seno de la mayor locura para gozar de dos ó tres horas de ilusion vana y pasajera. ¡Cuánto le pesaba su facilidad en acceder á los ruegos de Fernando! Pero la sensibilidad fué, es y será siempre el escollo en que naufraga la virtud de las mujeres. ¿Quién seria aquel máscara, que se ofrecía á sus ojos como el demonio de la venganza? ¿La habia conocido? ¿Dónde se hallaria Fernando? ¿En un desafío? ¿muerto? ¿matando? Todas esta pregun-

tas pasaban por la alterada imaginación de Laura, confundidas y terribles, y á todas ellas respondía la conciencia de la pobre jóven: ¡eres criminal!

No tardó mucho en desvanecerse el terror de Laura; pues vió llegar hacia ella un dominó blanco, bajo el cual creyó reconocer á Fernando, aunque su estado de aflicción no le permitía detenerse en mucho análisis.

— Vámonos, Laura, dijo á la jóven tomándole la mano y ofreciéndole el brazo.

— ¿Nos vamos? ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué tienes? ¿Porqué esa frialdad conmigo? Todas estas preguntas espresadas con tanto dolor por la jóven fueron respondidas en tres palabras secas y con mal disfrazada serenidad.

— Todo lo sabrás.

El dominó blanco y Laura salieron del teatro y se perdieron en la oscuridad de las calles de Montevideo. El dominó rojo había desaparecido.

¿Cuán feliz entró Laura en el baile! ¿Cuán desgraciada se retiraba á su casa!

Durante el camino la jóven no había podido obtener una sola respuesta de su compañero, que parecía una estatua de mármol dotada de la facultad de caminar.

Al llegar á la casa, el máscara empujó la puerta, que Laura encontró como la había dejado, se abrió, la jóven entró y cerró tras ella sin haber recibido un adios de su Fernando.

El compañero esperó á poca distancia como media hora, se acercó luego, y dió un golpe cautelosamente en la puerta. Esta se abrió al poco rato y asomándose por ellas el rostro de una muger, medio envuelto en un rebozo, dijo al máscara

Señor, puede V. entrar ya se ha encerrado la niña.

VI.

Retrocedamos algo en nuestra corta historia á fin de saber lo que sucedió entre los dos máscaras, cuando salieron furiosos del teatro, porque importa al interes de nuestra narración.

Después de haber tomado sus respectivas contraseñas se dirigieron al costado derecho de Solís medio alumbrado por los faroles de la cuadra inmediata, caminaron algunas varas, á fin de separarse lo suficiente para no ser vistos ni oídos de la concurrencia amontonada en el atrio del teatro y se pararon uno, frente al otro. Un momento reinó de silencio. Fernando impaciente lo rompió diciendo á su enemigo:

— Es justo, Señor mío, que sepa con quien va á tener una esplicación.

— Muy justo, respondió el dominó rojo, pero antes debe vd. arrancarse esa careta que ya le es inútil puesto que le conozco.

— Sigue vd. en la farsa y

— No, D. Fernando, interrumpió el rojo, nada hay de farsa entre los dos. ¿Sabe vd. el papel que hace-

mos en este momento? El de un juez y el de un criminal.

— Pronto, pronto dijo Fernando acercándose al dominó rojo y descubriéndose el rostro, diga vd. ¿quién es el criminal.

— El criminal es vd. respondió el máscara misterioso, arrancándose tambien la careta, dejando caer la capucha del dominó.

Fernando retrocedió dando un salto, y mudo de terror, permaneció como petrificado. No parecía sino que el jóven acababa de ver al demonio ó á algun otro ser sobre natural.

— ¿No quiere Vd. desafiarse? preguntó el dominó rojo con ironía impregnada de indignación.

— ¡Perdon! ¡perdon! Esclamó Fernando tendiendo sus manos convulsas hacia aquel hombre.

— ¡Perdon! ¿Lo merece vd? ¿Lo merece la infamia que ha perpetrado esta noche?

— ¡Ah, Señor! el amor á Laura, la juventud.

— ¿Y aun se atreve V. á invocar el amor? . . . Después de un momento de silencio, en que el dominó rojo pareció reflexionar dijo, algo mas calmado.

— Fernando deme V. su trage.

— ¿Que pretende V. hacer?

— Nada de replicas. El trage, ó marcha V. ahora mismo á la cárcel. Basta con que diga yo una palabra para que así suceda.

Fernando conoció que se le decia la verdad, y sin mas contestacion se despojó de su disfraz y lo entregó teniendo que quedarse en mangas de camisa.

— Venga la careta tambien.

Fernando la entregó sin decir palabra. El dominó rojo se revistió con aquel nuevo disfraz teniendo cuidado de ocultar el primitivo, se colocó el antifaz de Fernando y sin despedirse del asustado jóven se dirigió de nuevo al teatro y entró en él.

Gracias á la oscuridad de la noche nadie pudo ver que un hombre atravessaba las calles de Montevideo en mangas de camisa y sin sombrero. Este hombre era el pobre Fernando, que se retiraba á su casa, como suele decirse vulgarmente, con los pies frios y la cabeza ardiendo.

VII.

Volvamos á Laura, que la encontraremos, encerrada en su dormitorio, presa su mente de mil tristes ideas y aflijido su corazón con los recuerdos de aquella noche.

La corona de blancas flores que había adornado su frente poco antes, como imagen de la ilusion presente, yacia por tierra, marchita y empolvada, como imagen de la ilusion pasada.

Un poco mas allá se veia el dominó celeste, que con su alegre color y sus graciosos pliegues habían aumentado el gozo de Laura al marchar con su amado al baile, y ahora arrugado y medio roto recorda-

ba á cada momento á la pobre joven las escenas tristes de aquella noche.

Laura con los ojos enrojecidos por el llanto, con el hermoso rostro empañado por la palidez del remordimiento, que siempre es tirano en los primeros años de la juventud, miraba aquellos objetos compañeros de su ilusion, de su locura y de sus temores.

¡Oh si todo hubiera sido sueño! decia hablando consigo misma, y dejando correr las lagrimas por sus mejillas; ¡Cuán feliz seria, si al despertar mañana, asomase á mis labios esa sonrisa de consuelo con que se sale de una temible pesadilla! Entonces me levantaria alegre, satisfecha, y correria con mi rostro resplandeciente de gozo á saludar á mi pobre padre, á ese padre que tanto me ama, y que ahora sueña quietas con su Laura. ¡Cómo presentarme mañana en su presencia! Creo que adivinará en mi palidez, y en la alteracion de mis facciones todo lo que me ha sucedido. Pero. . . . y aquel dominó rojo! ¿Quién seria? Santo cielo! Dios mio, si fuese algun amigo de mi padre. si se lo digese todo. ah ¡pobre Laura! pobre Laura! ¿Que responderias á quien tanto te ama á quien emplea los últimos dias de su vejez para hacerte feliz? Si, aquel dominó rojo me parecia un fastasma que naciendo en mi conciencia se me presentaba aterrador ante los ojos. creo verlo ahora mismo, parado al lado de cada mueble, sentado en cada silla, entrando por la puerta. Jesus! Jesus!

Laura temblaba, y apenas pudo matar la luz de la vela, que ardia á la cabezera de su cama, por ver si así podia dormirse.

Fuó en vano. No se arrebatan así las impresiones fuertes de tu corazón, que aun exhala el aroma de la primera vida; no se apagan tan facilmente los recuerdos en una mente que arde con el fuego de la imaginacion y vuela en alas de la fantasia.

Laura no pudo dormir; á los recuerdos é impresiones que trató de olvidar, sucedieron otros que no la atormentaban menos.

Fernando se ofreció á su pensar de muger enamorada. ¿Porqué, se preguntaba en el seno oprimido porque me trató con tanta frialdad? ¿Porqué, no me habló una sola vez mientras veniamos por la calle? ¿Porqué no se despidió de mi al dejarme en la puerta, é!, tan amable, tan político? ¿Habré perdido su amor, al ceder á su exigencia de abandonar mi casa por asistir á un baile de máscaras? ¡Oh! no hay duda. A sus ojos ya no soy Laura la pura, Laura la inocente, Laura la virtuosa. Pero. porqué me rogó tanto que le acompañase? El tiene la culpa. yo lo amo tanto. cedí al fin. Dios mio! porqué el hombre pone á tan dura prueba el corazón de una niña enamorada. Si, soy una niña. he hecho una locura. ah Fernando Fernando! tu, que eres hombre

debias saber mejor que yo el peligro á que me esponias. ¿Por qué me llevastes á el?

VIII.

El alba con su melancólico crepúsculo empezaba á penetrar por las hendidias de las puertas y ventanas, como un ladrón que entra á hurtadillas á robar el reposo de los humanos: pero en el cuarto de Laura solo halló una joven desvelada, llorosa y agitada aun entre sus recuerdos y sus temores.

Las horas de la noche habian sido mas terribles para ella que otros tantos dias de la mayor desgracia.

¡Tan cierto es que el dominio de esas horas de tinieblas tiene la fatal virtud de aumentar los males físicos y los morales!

Nuestras lectoras juzgarán ciertamente que Fernando no pasaria mejor noche que Laura, pues aun que en su naturaleza de hombre no hubiesen sido tan fuertes las impresiones, no pudo pegar los ojos, dió mil vueltas de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, encendió y apago la luz otras tantas veces, á mas de un regular constipado, que le produjo el atravesar en mangas de camisa las calles de Montevideo á deshora.

¡Qué lejos estaban de creer ambos amantes, en lo que les sucedia, cuando, unidos como dos tortolitas se dirigian al baile de Solis cambiándose apasionados requiebros! Así es la vida! ¡Una perspectiva de felicidad se cambia muchísimas veces en un cuadro real de infortunio!

IX.

Daban las nueve de la mañana y aun Laura no habia abierto la puerta de su aposento, ni habia ido á dar el beso de ternura filial á su ansiano padre, ni habia dispuesto nada para el arreglo diario de la casa.

¡Cuánto cambio produce en el corazón juvenil un mal paso! Ella se habia levantado, habia ocultado el dominó y la corona habia acomodado su cuarto pero temblando el presentarse á la vista de su padre, permaneció encerrada, decidida á finjirse enferma. Laura se preparaba á mentir por primera vez, engañando así el corazón amante del autor de sus dias.

Una falta, cuando no se tiene la fuerza de voluntad para confesarla, es siempre el primer eslabon de una cadena de errores, que poco á poco conducen á mayores males.

R. de S.

[Continuará.]

LA BEATA.

Cualquiera que á la madrugada ó á las oraciones haya corrido nuestras calles, habrá topado á no dudarlo, con ciertos bultos, que tienen algo de aves de mal agüero, y que con paso ligero y cabeza gacha, la recorren en cantidad á esas horas.

Nosotros que hemos tropezado muchas veces con ellas, hemos llegado á averiguar quienes son, que hacen y de que se ocupan; de esto último nos reservaremos una parte por seguir la costumbre de callar lo que parece demasiado malo, siendo á nuestro entender lo que mas debía decirse; vamos pues, á tratar, de hacer conocer á esta especie de *brujas*, con quienes uno se encuentra á cada rato.

Los bultos de que hablamos se llaman es decir son conocidas por *beatas*.

La *beata* no es un tipo del todo nuestro, es un engendro de la santolona española, pero á pesar de eso, debe conocerse por sus malas propensiones, tratar de evitarlas y ver si se consigue su completa estinon.

Empieza su carrera por confesarse mes á mes. despues cada quince dias, en seguida cada ocho y luego todos los dias, aqui en entra en todos los goces y prerrogativas de su nombre.

Las confesiones repetidas y el estar ocho ó diez horas diarias en la iglesia, la hacen tomar tanta confianza con los santos y santas, que cuando entra en la iglesia cree en su propia casa, y de consiguiente los actos que antes hacia por inclinacion ó devocion, se convierten para ella en una mera costumbre, pierde completamente su fervor, y el que muestra en sus oraciones no es sino ficcion.

Las que se dedican á esta clase de vida, son mujeres por lo general arrepentidas ó segun dicen algunos, de las que *dan la carne al diablo y los huesos á Dios* ó que no pudieron dar su *carne* al diablo porque nunca la tubieron: rara vez es madre porque su ocupacion es enteramente opuesta á los sagrados deberes de la maternidad, y cuando por desgracia lo es ¡pobres hijos! llorando, inútilmente que su *mama* está en la iglesia queriendo engañar á Dios y al proximo, con sus golpes de pecho y besos en el suelo sin acordarse de que sus hijos tienen sed, hambre ó cualquier otra necesidad que su deber era llenar, en vez de araganear y mentir como lo esta haciendo, sin conseguir engañar á nadie; no recuerdan que la devocion es el deber que esta antepuesto á todo.

La *beata* se levanta apenas apunta el crepúsculo matutino, y sale de su casa en direccion á la iglesia, llega como es natural, antes que se haya abierto; allí encuentra ya otras compañeras que han madrugado mas que ella, disgustase esto en suma grado, porque hay su competencia en quien llega mas de madrugada, por lo que poco les falta para dormir en la calle, y lo harian segun ellas sino fuera por temor de que viéndolas allí algun transeunte les *dijo algo* y segun nosotros, por miedo de que pasara y no le digera nada apesar de sus grandes suspiros que parecen estar pidiendo algo que necesitan y no encuentran, y con mucha razon porque aunque andan siempre en la iglesia para estar cerca de Dios, la mano de este, las ha dejado con mucho y ningun mortal se atreve á tocar lo que Dios ha dejado de su gracia.

El vestido de la *beata*, es negro ó de colores oscuros, en su forma hay poca diferencia, suelen llevar un escudo de plata en el pecho, todas tienen tambien una ancha correa á la cintura, llevan un pañuelo chico en forma de toca que ha de ser blanco ó negro y encima de este un pañuelo ó manton con el que se rodean la cara prendiendolo bajo la barba con un alfiler ó llevandole apretado entre el índice y el pulgar, en los dos casos las puntas del pañuelo caen perpendicularmente hácia el suelo, y no se crea que lo de perpendicularmente es cesagaracion, porque por muy al pescuezo que este prendido, siempre al caer forma una perfecta perpendicular, ¡vease si teniamos razon al decir que la mano de Dios las habia dejado.

VIRTUD Y FE

Ó LA

Reconquista de Montevideo.

Drama en 4 actos y en prosa

por

EDUARDO XIMENEZ.

La escena pasa en Montevideo en 1807.

PERSONAS.

MARTA — de 56 años.

INES — su nieta

D. BRAULIO — 40 años

D. DIEGO — 60 años

ENRIQUE SU HIJO — Capitan.

OCTAVIO — Oficial.

MONTUFAR CORONEL.

EUSEBIO — Soldado

JUANA — Criada vieja.

UN ESCRIBANO —

Tres Oficiales un criado y un centinela.

ACTO I.º

Sala decentemente amueblada. Puerta al centro que comunica con el exterior. Otra á la derecha del espectador y una ventana á la izquierda.

Escena Primera.

Marta é Ines junto á una mesa se ocupan de labor.
INES

Quereis decirme mamá por que os veo triste? Esto me causa sentimiento...

MARTA

Haces mal, hija mia, en preocuparte así, por que el abatimiento es natural en mi edad. La alegría es propia de la juventud y me complaceria brillar en tu semblante.

INES

Y yo quisiera comunicarosla por que creo que

su frís y lo callais à vuestra hija; [con cariño] deseo que me lo digais para consolaros....

MARTA

Deja esos cuidados.... Quiero verte satisfecha prodigarme tu cariño; ¡esta es la única dicha á que aspiro.—Cuando tu buena madre vivía, estudiaba mi semblante para descubrir los pesares.... con cuanta ternura me amaba!.... Te parece mucho á ella y si tuve la desgracia de perderla, tu has venido á ocupar su lugar.

INES

Si, para amaros tanto como ella.... Mas este pensamiento os causa pena.... ¿qué os parece este borrado?

MARTA

Bien hija mía: eres muy laboriosa.

INES

Es un regalo para mi tío.

MARTA

Lo recibirá con gusto; haces bien en complacerlo.

INES

Pero yo no sé por que él, no me inspira la confianza que es tan natural en las personas de una misma familia; yo le aprecio y le respeto mas es tan grave que....

MARTA

Es su carácter. Apréciale por que es hermano de tu padre y administrador de los bienes que este dejó y que te pertenecen como única heredera. El ha de asegurar tu porvenir pues yo, hija mía, tengo una edad avanzada y no te he de acompañar mucho tiempo.

INES

Porque abrigais esas ideas?.... vuestra salud se conserva bien y yo no quiero pensar en cosas tan tristes....

MARTA

Ignoramos, cuando el Señor que todo lo gobierna se sirve disponer de nosotros, pobres y débiles criaturas. Por ahora no me siento mal, nada temas. Hace días que deseo hablarte de un asunto que te concierne....

INES

[Aparte] Si sabrá!.... Enrique.... Decidlo madre mía.

MARTA

Tu padre, que Dios tenga en la Gloria, era un hombre de bien en toda la estension de la palabra. Heredó de sus mayores una regular fortuna que supo conservar con esmero no obstante las atenciones de la carrera militar que habia abrazado y en la cual contrajo una enfermedad que lo llevó al sepulcro, legándote sus bienes y un nombre sin mancha. Tu eras niña aun y te confié á los cuidados de tu madre. Ella sintió un profundo dolor por su pérdida y aun no se habia mitigado, cuando recibe la triste nueva de que su hermano, el único que ella tenía, habia sucumbido en defensa de su Patria y su

Rey. Aquella alma pura, no pudo soportar tan duras penas y dejó de existir.... pobres hijos míos! (Ines llora).

INES

Continuad, madre mía....

MARTA

Sola quedaste, mas que digo?—quedó yo á tu lado para velar por tí. Aun no se habian realizado las disposiciones consignadas en el testamento de tu padre y tu tío D. Braulio, que por una clausula de él, era llamado á darle cumplimiento, se hizo cargo de todo. En mi poder conserva varios conocimientos relativos á tus intereses y voi á darte los para que hagas el uso conveniente....

INES

Y á qué, madre mía, esa disposicion?—hay necesidad de hacerlo por ahora?

MARTA

Tal vez.... Quiero que no ignores lo que tienes derecho á reclamar.

INES

Reclamar.... pues que, hay quien intente arrebatarme?...

MARTA

El mundo es un engaño y mi esperiencia me hace temer.... mas que digo?... vano temor.... nada receles.

INES

Algun misterio encierran vuestras palabras, madre mía.... por el cariño que os profeso os pido que lo aclareis.

MARTA

[Meditando] Bien, te lo diré porqué tu bien lo exige.... D. Braulio....

INES

Mi tío!....

MARTA

Hace algun tiempo que medita un proyecto. Vino aqui un dia, tu andabas por el jardin: me hizo una relacion de tus intereses q' á su cargo tiene y despues de manifestar su ventajosa posicion y los peligros á que la juventud se espone por falta de un protector, me dijo....

INES

Qué, decid....

MARTA

Que unirse á ti deseaba....

INES

Que oigo, Dios mio!

MARTA

Ahora.... tu corazon, tu voluntad decidá....

INES

Jamas consentiré!.... Solo un respetuoso afecto podrá exigir de mí, mas no el amor del alma.

MARTA

Ines....

INES

Ya este fin lo guía, por ventura tan solo el co

zon?... Ah madre mía, comprendo bien su idea, él no me ama y solo el movill del interés lo inspira. El amor es de almas más sensibles de corazones llenos de entusiasmo, que saben inspirarlo....

MARTA

Ines que dices?...

INES

Madre mía, yo no debo ocultaros mis sentimientos, voi á confiaros todo... Sabed que amo....

MARTA

Amas, Ines, y has ocultado á tu madre tu amor?..

INES

Oa lo iba á revelar porqué á una madre no se ocultan las puras afecciones que el corazón abriga. Amo á Enrique—joven lleno de fé, de amor y de nobleza, y yo no colocara mis afectos donde la pureza no existiera... El, tiene un padre anciano á quien sustiene y del amor filial es el ejemplo.

MARTA

Quiera el cielo que esa pasión vehemente, no interrumpa tu felicidad aquí en la tierra....

[Continuérá]

LA DIADEMA DE PERLAS.

Pero que diablos estás haciendo? ¿Te dedicas acaso á la caligrafía? Has llenado un pliego entero de rasgos... y otro de letras imitadas—¿Es muy orijinal tu ocupación!....

Antonio palideció, un ligero tómblo recorrió sus miembros y tartamudeó apenas:—

—Nada... no tenía que hacer... y me puse á ensayar el pulso....

—Mi querido Antonio—contestó Enrique tu sabes que somos amigos y que jamás nos hemos mentido.

—¿Que quieres decirme?

—Quiero decirte, que no debes tener sirvientes tan mentirosos como el tuyo. Acaba de decirme que estabas muy ocupado;... que no se te podía ver y como nosotros estamos acostumbrados á vernos de cualquier modo, desprecie á su advertencia y entré.

—Es que... te diré... tengo que dar unas lecciones de escritura... á un joven... y... pues... y....

—No te mortifiques, Antonio; respeto tu secreto... y meretiro, siento haberte interrumpido....

—No lo crees; no hay aquí secreto alguno.

—No importa, nos veremos más tarde en casa de Feliz.

—Como quieras, ... pero te digo la verdad.

—No faltes, ... te espero—Adios!

—No faltaré y pues que lo quieras Adios!

Luego que Enrique salió, Antonio echó llave á la puerta y continuó sus quirografarias tareas.

—¡Trabajo perdido!... exclamó despues de observar un papel—he olvidado la fórmula... con esclusión de papel moneda creado por crear... no hay remedio, empecemos de nuevo.—

Y rompiendo el papel que había observado, cuyo despojos quemó en la vela empezó nuevamente á escribir con sumo cuidado—Dejemos á Antonio en esta ocupación y sigamos á Enrique, que había llegado ya á casa de su amigo Felix.

Estaba esto pálido, escitado, con el cabello en desorden, y también escribiendo ante una mesa—Poró sus facciones tranquilas no se alteraron á la presencia de su amigo, á quien saludó cordialmente

—¿Que haces mi querido Felix?—preguntó el recién llegado.

—Una poesía, Enrique; pero yo quisiera una que demostrase á Isabel todo lo ardiente y puro de mi amor y al mismo tiempo que la dejasen convencida de que comprendo todo el tesoro que se encierra en su corazón!....

—No seas niño, Felix—contestó Enrique Esa mujer ni es capaz de comprenderte, ni la comprendes tu, su corazón es una copa emponzoñada que se te ofrece con su falsa apariencia de un nectar delicioso—Creeme, y no delires.

—Tu no la conoces.

—Es una coqueta, y todas son iguales, pero mues trame tus versos.

—Aquí tienes, dijo Felix... algunas estrofas en su primera y espontanea forma, que tengo que limar aun, Leeré si quieres.

—Impaciente estoy; empieza.

Entonces Felix, tomando un papel tan lleno de rayos y borrones que más bien parecía un mapa, leyó en alta voz;

"A Ysabel (1)

"Brillaban en la mente risueñas ilusiones,

"Ardía entre mi pecho el ansia de placer.

"Y al mundo me ofrecia tranquilas impresiones.

"En todo cuanto al alma venia á conmovier.

"Pasaba así la vida en placida bonanza.

"Cual corre en el espacio la transparente luz.

"Y así los resplandores de espléndida esperanza

"Me daban días de oro y noches sin capuz.

"Porque era esa esperanza, incierta, indefnida.

"Así como el presajio de gloria celestial.

"Que al justo lo reúne en estasis sentida.

"Cuando levanta al cielo su ruego espiritual.

"Detuvo tu prestijio la mano del destino.

"Y trajo su misterio al pobre corazón.

"Detuvo mi existencia de alegre peregrino,

"Brotando desde entonces ardiente una pasión,

"La luz de mis encantos, mis bellas ilusiones.

"La fuerza de mi vida, el ansia de placer.

"Mis tiernos sentimientos, los dulces impresiones.

Que inagotable el mundo pudierame ofrecer.

"Apenas son bastantes si brilla tu mirado.

"A reflejar destellos de delirante amor;

"Sin ella mi existencia envuelta enfria nada.

[1] No corregimos estos versos por no faltar á la verdad historica y los damos tales cuales los leyó Felix.

—Ni dejará recuerdo de su íntimo dolor!
 —Pero si tu me amases: . . . las relucientes perlas.
 —Que esconden los océanos lucieran en tu sien,
 —Y al ir entusiasmado en ellos á cojerlas
 —Espacio faltaría, para gozar, . . . mi bien!!
 —Felix, luego que acabó su lectura, árojó el
 papel con muestras de descontento.
 —No lugas eso, le dijo Enrique, continúa,
 pero ten seguro que Ysabel no leerá ni la primera
 estrofa.

El joven poeta, sin contestar una palabra, apoyó
 su frente en la palma de la mano y levantó los ojos
 al cielo con profunda expresión de tristeza.—Sufrió
 porque en su alma pura y transparente se dibujaba
 el mundo con formas encantadas que no tiene, y la
 voz severa de un amigo le mostraba una ilusión, una
 quimera en lo que él creía una sublime realidad.

Enrique veía á su amigo en ese peligro de hacerse
 desgraciado por sus poéticas percepciones, que mas
 tarde ó mas temprano ese mismo mundo debía traí-
 cionar, sirviéndose de los mismos instrumentos del
 encanto,—pero no hallaba un medio eficaz, desde
 que la causa del mal estaba en lo orgánico y en esa
 imaginación meridional, con tradiciones de orienta-
 lismo, que es tan jeneral en la raza sud-americana.
 El rompió el silencio.

(Continuará.)

—

BENDITA SEAS.

(Conclusion.)

IV.

Enrique ante el cual había desaparecido tan pres-
 tijosamente el encantado personaje de esta escena,
 había quedado inmóvil y como si hubiese asistido á
 la realidad de una de esas metamorfosis que solo en
 el delirio se consiben.

En Laura tranquila, tierna, casi suplicante, había
 hallado una oriatura interesante pero que no impre-
 sionaba su corazón; pero esa muger había desapare-
 cido ante la magestad de esa revolucion que casti-
 gaba su indiferencia arrebatándole el tributo que
 daba á su vanidad.

El habrá despreciado á Laura sumisa y cariñosa
 pero no podrá ser impasible á Laura triunfante y
 ardentemente solicitada.

En ese momento su libertad le abandonaba por
 que desaparecía la calma de su espíritu; casi maqui-
 nalmente dejó su lugar y se introdujo en el salon
 con la mirada inquieta, que no tardó en descubrir á
 Laura como una Reina en su tróno rodeada de ado-
 radores.

Si la belleza de Laura no había causado gran efec-
 to en los salones no era sino porque humilde como
 la violeta se ocultaba á la sombra de las demas y
 porque no empleaba esas miradas, movimientos y
 demas recursos que tienen las bellas como prospecto
 sin los cuales el diario mas importante ó la obra
 mas util pasarían inaperechidas en los estantes de una
 librería.

Pero esta noche era el triunfo de Laura, estaba
 espiritual, escitada, atractiva, y no se oía al rededor
 de ella sino el murmullo encomiastico que se trans-
 mite de persona en persona y que basta para levau-
 tar un mito de admiración.

Enrique estaba atormentado con esa impresión de
 envidia que experimenta todo aquel que habiendo
 algo, lo vé en poder de otros procurandoselos el goce
 que él no comprendía.

Parecía que los roles se habian trocado á lo me-
 nos en apariencia, y estas impresiones se avivaron
 mas en Enrique al ver que transcurría toda la noche
 sin poder conseguir llegar hasta á Laura apartando
 su séquito y conseguir su mano por un momento.

Ya la concurrencia empezaba á abandonar el salon
 la agitación empezaba á calmarse y á invadir el can-
 sancio, y esa hora que casi siempre es de indiferencia
 aun para la mas bella, era aun la hora del triunfo de
 Laura.

Hallabase esta, en la dificultad de responder á las
 instancias de todos los que pretendían tener la dicha
 de ofrecerle su brazo, y en este momento el rostro
 pálido de Enrique apareció; su mirada era casi supli-
 cante, su voz temblorosa y el acento de su voz casi
 de arrepentimiento.

— Laura fijándose en él, y riendo le dijo — cabal-
 lero, hablaba vd. tan bajo que no comprendía que
 me hacia V. el honor de ofrecerme su brazo, — y
 dirijiéndose á los demas les dijo, — perdon señores,
 cumplo con este caballero un compromiso anterior
 y asiendose del brazo de Enrique casi convulsiva-
 mente se reunió al resto de su familia, y despues de
 los preparativos necesarios abandonaron la escena
 iluminada.

V.

Laura! exclamó Enrique, luego que se vió solo
 con ella, — llevará V. muy bellos recuerdos de este
 baile.

— Ah, Enrique, le contestó.

— Llevo un desengaño.

— Un desengaño? ¿No hasido para V. una noche
 de triunfo la que acaba de concluir?

— No!

— Quiere V. negar que provocaba y recibía los
 alagos de mil adoradores?

No!!!

¿Y entonces no es evidente que llevó V. nuevas
 ilusiones, nuevos encantos?

— No!!!

— Por Dios Laura! — no me tenga Vd. en una
 incertidumbre que me mata.

— Que lo mata á Vd. ? — no hace muchas horas me decía Vd. que estinguiese en mi corazón un fuego, que para mí sería el martirio, y para Vd. el fastidio de contemplarlos; que arrojase unas flores que iban á punzarme con sus espinas, y á producirle el enojo de contemplar pétalos amarillentos; que pusiera un dique al desborde de mi corazón que iba á ahogarse en emargura ?

— Pues bien he seguido sus consejos.

— Laura ! por piedad, — yo te he amado siempre pero los mimosos alhagos del mundo ocultaban á mis propios ojos ese amor, y esta noche has roto ese encanto, y he comprendido la verdad de mis propios sentimientos.

— Es posible ? Enrique, ese fuego no está extinguido en mi alma, las flores no están marchitas y tus palabras escitan mas el torrente de mis sentimientos.

— Diciendo estos llegaban á la puerta de su casa y entonces Laura sacando de su seno un ramo de violetas sobre el que se habrán reflejado las codiciosas miradas de sus adoradores en aquella noche se la dio á Enrique diciendole:

— Guarda Enrique estas flores; ellas, como las de mi alma, no tienen perfume mas que para ti.

— Enrique tomó con delirio aquellas violetas y besando con pasión la mano que se las ofrecía exclamó.

— Bendita seas !!!

— EPILOGO. —

Nos encontramos una noche en una sociedad de señoras y caballeros con quienes teníamos la suficiente confianza para que rodara en aquel círculo esas conversaciones animadas con vivos tintes y en que las Damas hacen gala de su chispa social y los hombres de su talento ! — en una de esas conversaciones familiares, en fin, en que cada uno da cuenta de las noticias del día que han llegado á sus oídos y de las que surgen las mas interesantes cronias.

— Una de las matronas que allí estaban llamó la atención sobre un gran suceso de la noche anterior. Todos la escuchamos atentos — Hizo su narración y cuando hubo concluido, todos creyeron que esa noticia era de su invención, lo que conocido por la sociable matrona añadió:

— Veo que Vds. dudan de la verdad del hecho, pero yo lo sé por conducto fiel. — Lo que hay es que la noticia no pertenece aun al dominio público y precisamente ese es el merito de mi nueva — Mi amiga E. estaba presente.

En efecto, á los pocos dias circuló algo mas que la novedad, y queriendo que vosotros la sepais, lectores amigos, vamos á transmitirla.

Es el hecho que Enrique salió para el Brasil por un asunto de familia de un carácter reservado y que no le permitió comunicar á Laura su partida porque conocia demasiado el corazón de esta.

Acotecimientos imprevistos lo detuvieron mas de lo que el imaginaba y esa larga ausencia interpretada por Laura cual no merecian los resentimientos

que abrigaba Enrique, la postraron en una melancolía tal que no pudiendo soportar la existencia rodeada de personas que no la comprendian, quiso estar sola enteramente sola para saborear sus lagrimas, pues aun en la amargura de estas encuentra algun consuelo al desgraciado.

Así pues Laura solicitó entrar en Hermandad de Caridad, y poco tiempo despues la toca y el velo de hermana mostraban á los curiosos, no ya á Laura sino á Sor. Maria del Pilar.

Gozaba hacia ya un año del título de profesora, cuando volvió Enrique de sus viages, mas enamorado que nunca — Corre á casa de su amada Laura, pregunta por ella, y las lagrimas de su Madre le presagieron algo siniestro — Despues del primer momento se impone de la suerte de Laura, un peso enorme oprimió su corazón. — Quedo un momento pensativo; pero de pronto la alegría brilla en sus ojos y carmin volvió, á su mejilla y esclamo.

No importa ! Hay un medio aun para que pueda ser mía — Y salió repentinamente dejando á todos temiendo por su razon

Aquí esta la novedad del caso, lo que causo una revolucion moral; Enrique se habia acordado de que el voto de las Hermanas de Caridad no es perpetuo; que el dulce nombre de madre no les esta vedado, en una palabra que podia sin ser sacrilego romper esos lazos y conducirla al altar. Pocos dias despues, Laura tierna, amante y cariñosa y llena de una emocion santa abandonaba la el velo y la toca para cambiársela por la guirnalda nupcial que le estaba reservada y se unia á Enrique por la sentida y zublima bendición del Sacerdote.

(Ed. Fernandez)

NABUCO.

COLECCION

DE

EPIGRAMAS SELECTOS

— 0 —

Quando de formar trataste
Libro tan lánguido y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste
Pudo no impreso vivir !
Mas luego que á luz salió,
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste a morir.

— 0 —

Gil tras huracan furioso
Llegó á regiones lejanas,

Y vagó muchas semanas,
 Por un desierto espantoso,
 Al fin divisó un á horeado
 Y exclamó con grau consuelo
 Ya llegue gracias al cielo,
 A un pueblo civilizado.

—o—

No dudo, Gil, que eres sabio,
 Y que en tu cabeza hueca
 Se hospeda una biblioteca
 Y un calepino en tu labio
 De confesarlo no huyo;
 Pero aquehos lucimientos
 Son de otros entendimientos:
 Sepamos cual es el tuyo.

—o—

Era Ines de Gil querida,
 Y ella le dió una manzana
 En lo exterior bella y sana,
 En lo interior muy podrida.

Partióla, y dijo: Ines, dí,
 Desenñagame por Dios,
 Si nos casamos los dos
 ¿Te tengo de hallar así?

—o—

Cediendo un día un señor
 A mi Ines el quitallueve,
 La dijo de buen humor:
 ¡ Jesus, muchacha, qué breve
 Es en sus versos tu amor !
 Díjole ella: Cual el oro,
 Señor, en poco lugar
 Encierra mucho tesoro;
 Tal es el númn que adoro,
 Y usia ha de perdonar.

SONETO

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

Y eres tú Dios! ¿a quién podré quejarme?
 Inebriado en tu gloria y poderio,
 Ver el dolor que me devora impio,
 Y una mirada de piedad negarme?

Manda alzar otra vez por consolarme
 La grave losa del sepulcro frio,
 Y restituye, ó Dios, al seno mio
 La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué es por ventura
 Crear por destruir placer divino,
 O es de tanta virtud indigno el suelo?
 O ya del coro absorto en tu luz pura
 Te es menos grato el incesante trino?
 Díme, faltaba este ánjel á tu cielo?

—

LOS JUEGOS DE AMOR.

Con un cristal cupudillo
 Jugando, el sol reflejaba;
 Y á Dorila deslumbraba
 Con el vivísimo brillo:

Mas con maligna intencion
 El cristal inclinó luego;
 Y al instante prendió el fuego
 En el tierno corazon.

Quitóse el cendal un día,
 Y los ojos vendó á Flora;
 Y la inocente pastora
 Del leve juego reia:

Mas el rapaz se ocultó;
 Afligióse la doncella;
 Y al ir ciega tras su huella,
 Presa en sus redes quedó.

SUMARIO.

Literatura Americana.—Las Colonias Españolas. *Continuacion.*—En el album de F.L. *Poesia.*
 —Ecos de infortnio *Poesia.*—El Alhelí *Poesia.*—A mi Levita *Poesia.*—La sonrisa de
 Pudor *Poesia.*—Una fantasia de todos los dias.—El dominio rojo.—La Beata.—Virtud
 y fé *dráma.*—La Diadema de Perlas *Continuacion.*—Bendita Seas *Conclusion.*—Colec-
 cion de Epigramas Selectos.—Soneto.—Los Juegos del Amor.